GENOVEVA ROVIRA VALDÉS

(VIOLETA BARRUELO)

AMOR, ARTE Y JUVENTUD

COMEDIA

EN DOS ACTOS Y EN PROSA



MADRID

IMPRENTA DE JUAN PUEYO

Luna 29. Teléf. 14-30.

1924

AMOR, ARTE Y JUVENTUD

GENOVEVA ROVIRA VALDÉS

(VIOLETA BARRUELO)

AMOR, ARTE Y JUVENTUD

COMEDIA

EN DOS ACTOS Y EN PROSA



MADRID

IMPRENTA DE JUAN PUEYO

Luna 29. Teléf. 14-30.

1924

PERSONAJES:

ARTURO.
MARIO.
DON GERVASIO.
MILAGROS.
SOFÍA.
MARTINA.
TERESA.





ACTO PRIMERO

Gabinete amueblado con elegancia: un sofá, dos mecedoras; en el centro mesita con *bibelots;* espejo colgado o armario de espejo; puerta en el centro y una a cada lado de la escena.

Sofía: edad, cuarenta años; viste a la moda y como corresponde a una señora de la clase media. Sale de la puerta de la derecha, se dirige a la mesita del centro y toca un timbre que debe haber.

ESCENA PRIMERA

SOFÍA y TERESA.

SOFÍA — *(Tocando el timbre. Acude una criada, que es Teresa.)* Diga a la cocinera que a ver si nos da el almuerzo más pronto que de costumbre, pues tenemos que salir.

TERESA — *(Que acudió al oír el timbre.)* Se me olvidó preguntar a la señora si en la habitación que mandó preparar para la señorita que esperan habrá que cambiar las cortinas.

SOFÍA — *(Con indiferencia.)* No, pueden pasar; ya están bien, ya están bien. *(Sale Teresa.)*

ESCENA II

SOFÍA, sola.

SOFÍA — *(Sentándose.)* Veremos qué tal resulta esta niña: hace años que no la veo.

Según noticias, está consentida, es voluntariosa; en fin, no sé; pero no hay más remedio. ¿Cómo voy a dejar sola a la hija de mi único hermano? ¿Qué dirían las personas que nos conocen? Imposible, no puede ser.

ESCENA III

SOFÍA y MARIO, esposo de Sofía; edad aproximada. Viste con elegancia.

MARIO — ¡Qué calor! *(Se abanica con el pañuelo.)* Y eso que es mayo. ¡Qué será en julio!

SOFÍA — Sí, se deja sentir. Oye, Mario, almorzaremos pronto para ir a esperar a Milagros. ¿A qué hora llega el tren?

MARIO — Pues mira, no lo sé; creo que a las dos. Si te he de ser franco, se me había olvidado la llegada de la sobrinita.

SOFÍA — Eso prueba lo mucho que te interesa.

MARIO — Qué te diré. Yo casi la conozco, y las noticias que tenemos de ella no son las más agradables. Personas que han venido de aquel pueblo dicen que, hablando allí de Milagritos Cañadas, tiene fama de niña mal educada; y eso, Sofía, no es culpa de ella, sino de sus padres; mejor dicho, de tu hermano, pues su madre murió muy joven, y su vida fué una continua enfermedad; pero el padre, ése no tiene disculpa: «¿Que no quieres ir al colegio? Pues no vayas.» «¿Que la niña quiere un juguete? Pues ahí lo tienes.» Así creció. La niña se convirtió en mujer, y así empezó la bola de nieve.

SOFÍA — También hay que ver que mi pobre hermano no tenía más que esta criatura; que todos los hijos se le habían

muerto, y esta niña era su ilusión, la que le ayudó a llevar la pena de su viudez.

MARIO — Todo lo que quieras, Sofía; pero la niña está muy mal acostumbrada. Ahora muere el padre y queda esta criatura sin bienes de fortuna y sola; que si no viniera con nosotros, no sé, no sé.

SOFÍA — Es verdad. ¡Qué conflictos hay en el mundo!

MARIO — Como que por eso, por la gente, por el mundo, es por lo que la traemos, no por cariño. *(Sofía hace signos negativos con la cabeza.)* ¿Qué, dices que no? ¿Por qué quieres ocultarlo? ¿Qué cariño vamos a tenerla, si casi no la conocemos? Yo la he dicho que venga, porque me da vergüenza, cuando me preguntan, decir que está sola, pero no por cariño.

SOFÍA — Bueno, dices verdad; pero ya no hay remedio.

MARIO — Y habrá que equiparla; porque ellos hacían allí la vida sencilla de pueblo, pero aquí hay que presentarla, y tiene que hacer *pendant* con nosotros.

SOFÍA — Ya lo sé; en buena nos hemos metido.

MARIO — ¡Que Dios sabe cómo saldremos!

SOFÍA — Que salga como quiera, ya no hay remedio; mira, voy por allá dentro, y cuando esté todo almorzaremos. ¿Te parece bien?

MARIO — Cuando quieras. *(Sale Sofía.)*

(Mario coge un periódico que habrá sobre la mesita y se sienta y lee. Pausa. Un reloj da las doce.)

ESCENA IV

MARIO y TERESA; luego, DON GERVASIO.

TERESA — El señorito don Gervasio Ferrández.

MARIO — Que pase. *(Entra don Gervasio, señor de sesenta y seis años o más; viste elegantemente; todo el pelo completamente blanco. Carácter franco, expansivo.*

DON GERVASIO — Buenos días. ¿Qué tal, don Mario?

MARIO — Muy bien. ¿Y los suyos, don Gervasio?

DON GERVASIO — Todos bien. ¿Y doña Sofía?

MARIO — Buena; por allá dentro. Las mujeres siempre están ocupadas.

DON GERVASIO — Así es. A mi hermana le sucede lo mismo. Muchas veces hablamos de ustedes, y yo la digo: «A ver cuando llega el día que vengas conmigo para conocer a estos señores». Pero, unas veces la modista, otras la jaqueca, y otras que va gente, se pasan las semanas; pero vendrá, ya lo creo, vendrá.

MARIO — Tendremos sumo gusto, tanto Sofía como yo. ¿Y qué hay de nuevo?

DON GERVASIO — Nada; calor, mucho calor.

MARIO — Pues usted, habiendo estado en Filipinas, debe estar acostumbrado.

DON GERVASIO — Pues lo siento, y mucho.

MARIO — ¿Residió allí mucho tiempo?

DON GERVASIO — Marché de mi pueblo un muchacho de diez y ocho o diez y nueve años y regresé a los sesenta; me parece que fué un rato, ¿verdad? Allí trabajé con fortuna, eso sí; tuve suerte en los negocios y reuní lo bastante para poder pasar mi ancianidad tranquilo, con mi hermana y mi único sobrino, Arturo, a quien usted conoce.

MARIO — Y que es muy simpático, mucho.

DON GERVASIO — Sí que lo es; no lo digo porque sea

mi sobrino, sino porque es así: es simpático, inteligente, bueno; no tiene más que un defecto el diantre del chico: que se cansa de todo.

MARIO Ja, ja. *(Riéndose)*

DON GERVASIO Hace cuatro años me dijo: «Quiero ser militar». Estudió un año, perdió, ya no quiso más. Luego me dijo: «Tío, quiero ser comerciante». Le llevé a una casa de Banca, fué algún tiempo y se cansó también. Y ahora, ¿a que no sabe usted por lo que le da? Pues por lo eclesiástico. ¡Ahora quiere ser cura!

MARIO No le haga usted caso; el chico no tiene trazas de cura.

DON GERVASIO Eso digo yo a mi hermana, que le cree todo: «Pero no le ves, qué jaranero, qué amigo de teatros y de diversiones; pues qué cura va a ser!»

MARIO Ja, ja. *(Riéndose.)* Tiene gracia.

DON GERVASIO No, pues a mí no me hace ninguna, don Mario, se lo aseguro.

MARIO No se apure usted, ya encontrará la salida; los chicos no le deben de apurar a uno; lo que me apura a mí es esto que nos pasa a nosotros: hágase usted cargo de una chica a quien uno no tiene cariño, ni casi conoce; esto sí, esto es desagradable; pero usted, no; usted quiere a Arturo.

DON GERVASIO Ya lo creo; como si fuera mi hijo; su padre murió, y su madre, mi hermana, se vino a vivir conmigo; así que le he visto crecer, y le quiero de verdad.

MARIO Ve usted, eso es cosa distinta; nosotros traemos a esta chica, y veremos lo que resulta.

DON GERVASIO Pues nada; resultará bien. Ustedes la querrán, la muchacha se acostumbrará a ustedes y todo marchará perfectamente.

MARIO — Me alegraría infinito que usted acertara, don Gervasio.

DON GERVASIO — Pues así será, no lo dude.

ESCENA V

DICHOS y SOFÍA.

SOFÍA — Buenos días, don Gervasio; ¿y la familia?

DON GERVASIO — Muy bien, señora; gracias.

SOFÍA — Mira, Mario, cuando quieras almorzaremos; si don Gervasio quiere acompañarnos...

DON GERVASIO — Gracias, señora...; me espera mi hermana.

MARIO — Sofía, he pensado que no voy a la estación: hace mucho calor y, además, vas tú, su tía... y ya es bastante.

SOFÍA — Hombre, no seas así; ¡qué dirá al ver que voy sola!

MARIO — Que diga lo que quiera...; eso no me preocupa...

SOFÍA — Pues a mí me da vergüenza... ¿Qué voy a decir?

MARIO — Nada; no hacen falta explicaciones; anda, no seas tonta, que se va a hacer tarde.

SOFÍA — No; tampoco voy yo: me he disgustado y no voy... ¡Si tuviéramos a quien mandar!

DON GERVASIO — Si ustedes quieren... yo iré.

SOFÍA — ¿Qué te parece, Mario?

MARIO — De ningún modo: sería abusar de don Gervasio.

DON GERVASIO — Nada de abusar: yo todos los días doy un paseo antes de almorzar; pues hoy este paseo lo doy a la estación; ¿a qué hora debe llegar? ¿Será en el tren de la una?

MARIO — En el de las dos.

DON GERVASIO — No, no llega a esa hora; la cambiaron hace unos quince días.

SOFÍA ¡Como tú no te has enterado siquiera!

MARIO Hija mía, tenía más que pensar que en eso.

(Suena una campanilla.)

TERESA Señora, aquí hay un mozo con un baúl.

SOFÍA Ya ha llegado; pase, por aquí...

(Pasa el mozo cargado con el baúl; entra en la puerta de la derecha.)

MARIO Pues ahora vendrá Milagros.

(Sale el mozo y Sofía de la puerta de la derecha.)

SOFÍA ¿Cuánto es?

MOZO Lo que ustedes quieran; cuanto más, mejor.

MARIO Tenga. *(Le da dinero.)*

MOZO Gracias, y salud.

DON GERVASIO Pues la muchacha no debe tardar.

TERESA Señora, aquí hay una joven, que debe ser la que esperan.

SOFÍA Que pase adelante...

(Sofía va hacia la puerta del centro, y en ella aparece Milagros vestida modestamente, sin nada en la cabeza, y con saquito de viaje en la mano.)

MILAGROS ¡Tía Sofía!

SOFÍA ¡Milagritos! *(Se abrazan.)*

MILAGROS ¿Y el tío?

SOFÍA Mario, mira Milagritos.

MARIO *(Acercándose a saludarla, fríamente.)* ¿Qué tal, Milagros? *(La da la mano.)*

MILAGROS *(Dándole la mano.)* Muy bien; ¿y usted?

MARIO Muy bien. Don Gervasio Fernández; mi sobrina Milagros.

DON GERVASIO Servidor de usted.

MILAGROS Me alegro conocerle.

SOFÍA ¿Cómo llegaste hasta aquí, sin conocer Madrid? Mira, pensamos en ir a la estación, pero amanecimos con un dolor de cabeza, que por eso y el calor desistimos.

MILAGROS ¿Y están ustedes mejor?

SOFÍA Sí.

MILAGROS ¡Cuánto me alegro! Pues yo creí que aquí en Madrid les conocía a ustedes todo el mundo, y cuando bajé del tren pregunté a un hombre, en la estación: «¿Doña Sofía Cañadas, me hace el favor de decir dónde vive?»; y el hombre se echó a reir, y me dijo: «¡Qué sé yo dónde vivirá esa señora!» Yo, entonces, recordé que tenía una tarjeta suya, y vi que vivía en Arenal, diez y seis; tomé un coche, y aquí estoy.

MARIO Muy bien...

DON GERVASIO (Es simpática.)

SOFÍA Vamos a almorzar, porque supongo que tendrás apetito.

MILAGROS No, tía: he comido en el tren... y ahora no podría tragar bocado; después, es claro... como nunca había salido del pueblo, me ha dado una pena..., ¡como dejo allí enterrados a mis padres!...

DON GERVASIO (¡Pobre criatura!)

MARIO ¡Qué se va a hacer; es la vida!... Anda al comedor y no seas tonta.

MILAGROS No, tío; no podría, no quiero comer.

SOFÍA Pues entonces, vamos nosotros.

MARIO Sí, vamos.

DON GERVASIO Yo me despido; señorita, tanto gusto. *(Se inclina.)*

MILAGROS Lo mismo digo. *(Se inclina.)*

DON GERVASIO Adiós, señora; adiós, don Mario. *(Les da la mano.)*

SOFÍA Y MARIO Adiós, don Gervasio.

DON GERVASIO (No sé por qué, interesa esta criatura). *(Se va.)*

SOFÍA Pasa por aquí, Milagros; ven. *(Sale con Milagros.)*

MARIO *(Solo.)* Mire usted que no haber tenido hijos, y ahora tener que cargar con ésta; ya dice el refrán: «Al que

Dios no le da hijos, el diablo le da sobrinos».

SOFÍA — *(Entra.)* ¿Vienes, Mario? Pobrecita, qué modesta viene; sin sombrero ni nada...

MARIO — Ya te lo decía yo... Ahora no hay más que pasar por todo, menos si nos falta al respeto; eso no, no lo pasaría, de ningún modo...

SOFÍA — No te preocupes, hombre...; no parece mala...; a lo mejor son exageraciones de la gente...; anda, ven, vamos a comer.

MARIO — Vamos.

TERESA — *(Entra por la derecha con un paño al hombro, como el que sirve a la mesa; vestida de negro y delantal blanco, traje que habrá sacado durante toda la representación.)* ¡Pobre señorita! ¡Qué humildita! Voy yo mejor puesta cuando salgo los días de fiesta... Anda, que ya tendrás que aguantar con el genio del señor y lo rara que es la señora; no la envidio, no; ¡pobrecilla!; bien dicen que al morir los padres debían ir los hijos delante. *(Se oye llamar: ¡Teresa! ¡Teresa!)* Ya me llaman; voy corriendo. ¡Ay, cuándo me casaré para no servir a nadie! ¡Estoy más harta! *(Sale por la puerta de la izquierda. Se oye que toca un teléfono; nadie contesta. Llaman otra vez y sale Teresa.)* Siempre se les ocurre llamar cuando uno está más ocupado. Los señores almuerzan. Se lo diré. Llegó bien. ¿Las señoras de Tordesillas? Perfectamente. *(Dejando el teléfono.)* Las de Tordesillas... ¡valientes señoras más cursis y más criticonas! Por eso hacen tantas migas con la señora.

MILAGROS — *(Como el que busca algo.)* ¿Dónde estará?

TERESA ¿Ha perdido usted algo, señorita?

MILAGROS Mi pañuelo; no sé dónde lo he dejado; probablemente en el coche.

TERESA Señorita, va a tener usted visita: las señoras de Tordesillas han preguntado si llegó usted bien, y que vendrán a visitarla. *(Se oye llamar: ¡Teresa! ¡Teresa!)* Voy corriendo; ni hablar puede una. *(Sale Teresa por la puerta de la izquierda.)*

MILAGROS ¡Quién serán esas señoras de Tordesillas! ¡Qué casa más bien puesta! Parece que son ricos mis tíos! *(Saca un medallón del pecho, que llevará con una cadenita, y lo besa)* Padre mío, ¡qué triste estoy! ¡Cómo recuerdo la casita del pueblo, con mi canario, mis tiestos en la ventana y la compañía de mi perrito Leal! Padre mío, vela por mí; madre querida, haced los dos que poco a poco olvide aquella casa, el huerto, todo aquello que vi desde que nací... Aquí parece que hay bienestar, lujo, criados, a lo que yo no estoy acostumbrada. ¿Cuál es la felicidad, aquello o esto? ¡Quién lo sabe!; ¡sólo sé que me ahogo de pena!

FIN DEL PRIMER ACTO

  

ACTO SEGUNDO

La misma sala del acto primero. Una costurera cose; al lado un cesto con ropa. Martina, mujer de treinta y tantos años, vestida de negro, con un delantal blanco con peto, varias agujas en un acerico, que tendrá encima de una silla o encima del cesto de costura; cuando se levanta el telón intenta enhebrar una aguja, que no consigue; intenta otra vez, y dice:

ESCENA PRIMERA

MARTINA y MILAGROS.

MARTINA — Cada día tengo menos vista; tendré que comprarme unas gafas; si no, no sé...

MILAGROS — *(En traje de casa.)* Buenos días, Martina.

MARTINA — Muy buenos, señorita Milagros. ¿Qué tal, la va gustando Madrid?

MILAGROS — Sí, sí; Madrid me gusta, es hermoso, pero yo no sé lo que siento... una tristeza...; si no fuera por el piano...

MARTINA — ¡Qué bien toca usted, señorita!

MILAGROS — ¿De veras, Martina?

MARTINA — Y tan de veras; da gusto escucharla; es usted una artista, señorita.

MILAGROS — Mi pobre padre así lo creía; pero yo siempre pensé que él lo veía así por el inmenso cariño que me profesaba.

MARTINA — No, señorita, no; toca usted divinamente; la gusta la música, ¿verdad?

MILAGROS — *(Con vehemencia.)* ¡Con locura! No hay nada en el mundo que me guste más. Cuando vine aquí vendí allá en el pueblo todos los muebles que te-

nía, y me preguntaron: «¿Vendes el piano?» Sólo de pensarlo me quedé horrorizada: ¡qué haría yo sin mi piano! Me lo compró papá, haciendo miles de sacrificios, al ver mi afición; y fué lo único que vino conmigo: el baúl y mi piano... ¡Cuánta ropa tiene para coser esta semana! ¿Quiere usted que la ayude?

MARTINA Gracias, señorita; ¡qué buena es usted!; ya la coseré poco a poco; no tengo más remedio; si no, no podría vivir.

MILAGROS ¿No tiene usted familia?

MARTINA Enviudé muy joven. Mi marido, al morir, no me dejó ningún dinero; vivíamos del trabajo suyo; era ebanista; así que, cuando él me faltó, me quedé sólo con lo que yo pudiera ganar, y una niñita de seis años, mi Adela, que luego, cuando tenía diez años, se reunió con su padre...; calcule usted, señorita, si sabré lo que es padecer.

MILAGROS ¡Qué lástima! ¿Y dónde vive?

MARTINA Pues tengo alquilado una alcoba y un gabinetito; comer, casi siempre como en las casas donde trabajo; pero si quisiera guisar, también me dejan en la casa donde vivo.

MILAGROS ¡Pobre Martina!

MARTINA Así tenemos que arreglarnos los pobres, señorita. *(Intenta enhebrar una aguja y no puede.)*

MILAGROS ¡Cómo la cuesta enhebrar las agujas! Déme el alfiletero. *(Enhebra una, dos o tres agujas.)* Una, dos, tres... Así, se las pongo clavadas en el acerico. Ahora voy allá dentro, a ver si se levantó la tía; luego volveré a enhebrar más. Hasta luego.

MARTINA Gracias, señorita. *(Se va Milagros. Viéndola marchar.)* Pobre señorita;

qué buena es, y, lo que es el mundo, me parece que en esta casa no ha caído en gracia. ¡Cosas de la vida! *(Sigue cosiendo.)*

ESCENA II

SOFÍA y MILAGROS.

SOFIA — *(Riñendo.)* ¡Caramba con la niña! Todo lo que te dejé encargado anoche, como si no. Vamos, ¿a que hora te has levantado?

MILAGROS — A las siete.

SOFÍA — ¿Y qué has hecho?

MILAGROS — Pues, primero, rezar por mis padres; luego, hacerme el desayuno, pues la cocinera había salido y la Teresa se peinaba; luego de desayunar, estudiar al piano una serenata preciosa, tía, preciosa.

SOFÍA — Sí; es verdad que he oído el piano. Bueno...; no he de decirte que has perdido el tiempo..., claro que no; rezar es una obligación... sagrada, por tus padres...; hacer el desayuno... bien, bueno es acostumbrarse a todo; estudiar... no está mal, pero podías dejarlo para otra hora, y hacer lo que yo te había encargado. Tienes que fijarte, tener más interés, acordarte de lo que te digo...

MILAGROS — Perdóname, tía; ya cumpliré mejor...

SOFÍA — Bueno... así lo espero.

ESCENA III

DICHAS y MARIO.

MARIO — *(Enfadado.)* Oye, Sofía, ¿piensas salir por la mañana?

SOFÍA — Sí; pienso ir de compras. A propósi-

to, Martina: ¿tiene usted algodón, hilos, botones y demás?; dígalo, pues lo compraré ahora que salgo.

MARTINA Si la señora me lo permite, iré a mirar allá dentro en el costurero.

SOFÍA Vaya y lleve la labor, pues ahora han de arreglar aquí...

MARTINA Como quiera la señora. *(Coge el cesto de la costura y se va por la derecha; en la puerta dice:)* ¡Mal humor tiene hoy don Mario!

MARIO Mira, Sofía, esto no se puede aguantar; hoy Milagros no me ha dejado dormir; quiero que el piano se cambie a lo último de la casa, donde yo no lo oiga; y por esto te preguntaba si tenías que salir, pues deseo que se haga hoy por la mañana, ¿me oyes? ¡Vaya unas horas de tocar el piano!

MILAGROS Tío, de ocho a diez..., así estudiaba en mi casa.

MARIO Allí lo podías hacer porque os acostabais con las gallinas, pero aquí no: me incomodas, me molestas; toca o estudia cuando yo no esté en casa.

MILAGROS ¡Qué diferente de mi papá!; aquél me decía: «¡Toca, hija mía, toca!»

SOFÍA Bueno, todos no piensa lo mismo.

MILAGROS *(Con ironía.)* Ya se ve que no, ya.

MARIO Y a callar... tanta música...; ¿no sabes otra cosa? ¿Qué sabes, di?

MILAGROS Cosas que me enseñó mi padre.

MARIO ¿Y cuáles son?

MILAGROS La primera, no ser chismosa ni liosa; segunda, perdonar al que me ofenda; tercera, hacer todo el bien que pueda; cuarta, servirme yo misma, que estaré mejor servida que por los demás, y quinta, firmeza de carácter.

MARIO ¡Caramba! Mira si sabes; pues cúmplelas, hija, que por el mundo ruedas y quizá te hagan falta...

MARTINA *(Que entra.)* Doña Sofía, puede com-

prar algodón y cinta. ¿Me puedo retirar?

SOFÍA — Tráigame el sombrero, que voy a salir; dígale a Teresa que la dé también una sombrilla. *(Vase Martina.)* Mira, Milagros, vamos a salir; vigila por allá dentro. Si viene algún recado entérate bien, y manda a Teresa a los sitios que te he dicho.

MILAGROS — *(Que está pensativa.)* Bueno, tía.

MARTINA — *(Trae el sombrero y una sombrilla.)* Aquí está, señora. *(Se lo entrega a Sofía, que se lo coloca delante del espejo.)*

SOFÍA — Hasta luego.

MARIO — Ve mirando dónde colocar el piano, no lo olvides. *(Salen.)*

ESCENA IV

MILAGROS y MARTINA.

MILAGROS — *(Se deja caer en una silla, sollozando)* ¡Ay, Martina, qué desgraciada soy!

MARTINA — No se aflija, señorita: sus tíos la quieren, no lo dude; pero como no han tenido hijos, no saben cómo se trata a los jóvenes; la quieren de verdad, pero no son cariñosos por eso, porque no han tenido hijos. Vamos, anímese; usted debía salir, procurar distraerse. Yo la quiero mucho, señorita Milagros; si en algo la puedo ser útil, cuente usted conmigo.

MILAGROS — Gracias, Martina. Dice usted que salga a paseo...; no tengo interés; en ocho meses sólo me han llevado una vez al teatro, y eso porque me invitó don Gervasio, que vino él y Arturo, su sobrino, diciéndome: «Hoy no pasa; tiene usted que venir»; y natu-

ralmente, los tíos me llevaron. Son muy cariñosos esta familia; la mamá de Arturo, una señora más amable...

MARTINA Pues ve usted, aquel día se distrajo usted; pues no desperdicie ocasión, no sea tonta; el teatro es una cosa muy bonita, vaya usted...

MILAGROS Ya lo creo que iría; la cuestión es que me lleven; la noche que fuí, el sobrino de don Gervasio ¡cuánto disfrutó!; se conoce que también es muy aficionado.

MARTINA Nada, señorita, anímese; me voy a coser allá dentro.

MILAGROS Mire, avise a Teresa, que han llamado.

(Teresa atraviesa la escena para abrir la puerta. Milagros coloca bien las sillas, arreglando la habitación.)

TERESA Señorita, don Gervasio; ¿puede usted recibirle? Ya le he dicho que sus tíos no están, pero dice que tiene gusto en saludarla.

MILAGROS Y yo en verle a él. Que pase. *(Sale Teresa.)*

DON GERVASIO *(Con un paquete de bombones en la mano.)* Milagritos, ya sé que no están los tíos; pero la traía este pequeño obsequio, y sentía no entregárselo a usted.

MILAGROS ¡Pero por qué se molesta! Es usted muy amable. El ramo de flores del otro día, precioso. Mil gracias, don Gervasio.

DON GERVASIO Usted se merece todo.

MILAGROS Gracias; muchas gracias.

DON GERVASIO La encuentro pensativa; ¿pensará en el novio quizá?

MILAGROS ¡Jesús! Nunca lo he tenido. Diez y nueve años tengo y no sé lo que es eso.

DON GERVASIO ¡Parece mentira!... Una chica tan guapa!...

MILAGROS ¡Qué cosas dice usted, don Gervasio!

DON GERVASIO La verdad nada más. Y si un hombre la dijese a usted que la quiere, pero de verdad, para casarse, ¿usted qué diría?

MILAGROS ¡Qué sé yo! Lo primero es que me gustase, pues antes de nada debe ser la simpatía; si no me gustaba le diría que no.

DON GERVASIO Es lo natural. Pues yo sé de uno que la adora a usted. Se casaría en seguida. ¡La haría feliz!

MILAGROS ¿Y por qué no me lo dice? ¿Por qué no me habla y me explica todo?

DON GERVASIO Porque no se atreve; porque sentiría mucho oir de su boca un *no;* pero ya ha encargado que se lo hagan a usted presente.

MILAGROS ¿Quién será? Hace unos días fuí a misa con la tía, y uno vino detrás, siguiéndome; era un muchacho elegante y simpático. ¡Como no sea ése! Pero no, porque no le he vuelto a ver, y para casarse es preciso el trato, creo yo...

DON GERVASIO Ya se lo dirán, Milagritos. Sólo, sí, la diré que el hombre que la quiere es un amor tan fuerte, que otro igual no encontrará. Dios quiera que usted se decida por él. Adiós, Milagros.

MILAGROS Adiós, don Gervasio; me deja usted preocupada. No haré más que pensar en usted.

DON GERVASIO (*Con vehemencia.*) ¿De veras? ¿Pensará usted en mí?

MILAGROS ¡Naturalmente! Por lo que acaba usted de decirme... (*Sale don Gervasio.*) ¡Qué cosa tan extraña! ¿Quién será esa persona? ¡Y don Gervasio estaba emocionado! ¡Pobre señor! Como me quiere, se alegra de mi felicidad. (*Probando los bombones.*) ¡Qué bue-

nos son estos bombones! Este señor me quiere mucho: unos días, flores; otros, bombones; el día de mi santo, una cesta preciosa.

(*Se oye llamar.*)

TERESA — Señorita, el señorito Arturo.

MILAGROS — (*Con alegría.*) ¡Cuánto me alegro! Que pase, que pase.

ESCENA V

MILAGROS y ARTURO, joven simpático, vestido elegante; carácter muy alegre.

ARTURO — Buenos días. ¿Se puede?

MILAGROS — Adelante. ¡Dichosos los ojos!

ARTURO — Eso digo yo; ¡cuántos días sin tener el gusto de verla!

MILAGROS — Desde la noche en que fuimos al teatro.

ARTURO — Eso; desde aquella noche...; pero yo he pensado mucho en usted... ¿A que usted no se acordó de mí?

MILAGROS — Sí, me he acordado, pues como aquella función era tan bonita, la he recordado varios días, y entonces pensé en usted, en lo mucho que usted aplaudió y disfrutó.

ARTURO — Verdaderamente, mucho; es que a mí el teatro me encanta.

MILAGROS — Y a mí. Si yo estuviera en mi casa, y fuera rica, no perdería función alguna.

ARTURO — Yo pienso igual; todo lo que sea arte me entusiasma; ¡y la música! Y a propósito: ¡qué bien toca usted, Milagros!; divinamente; es usted una artista; ¡qué sentimiento!, ¡qué ejecución! ¡Admirable, Milagritos, admirable!

MILAGROS — Gracias, Arturo. Me gusta mucho la música. Allá, con mi pobre padre,

pasábamos muy buenos ratos, pues él disfrutaba mucho en oirme.

ARTURO Y todo el que la escuche tiene que admirarse y disfrutar.

MILAGROS Menos mi tío.

ARTURO Pues que me dispense, pero no tiene gusto.

MILAGROS (*Riendo.*) ¡Ja, ja! Qué gracia; ¡qué cosas dice usted!

ARTURO La verdad. Mire usted, a mí me gustan mucho los versos, y mi tío, cuando me oye, me echa cada sermón...

MILAGROS También usted los echará cuando sea cura.

ARTURO No sé si los echaré, porque, la verdad, yo soy alegre y creo que si soy cura esta alegría interior la pierdo.

MILAGROS Hombre, los curas también pueden ser alegres, en el buen sentido.

ARTURO Todo lo que usted quiera; pero dudo que yo me ponga los hábitos.

MILAGROS ¡Qué muchacho!

ARTURO Mire usted, cuando digo poesías, que es mi ilusión, mi tío me dice poniendo una cara muy seria: «No dices más que tonterías; estás perdiendo el tiempo». Y yo pienso: «Pues si a Rubén Darío o a Gustavo Bécquer les hubieran dicho que hacían tonterías, no hubieran escrito más que una vez».

MILAGROS Claro; y no son tonterías, no; son preciosidades. ¿Sabe usted muchas poesías?

ARTURO Muchísimas.

MILAGROS Diga usted una; usted me ha oído tocar, pues ahora justo es que yo le escuche a usted.

ARTURO Con mucho gusto; allá va una, para mí muy linda, de Bécquer:

Tú eres el huracán...

MILAGROS Muy bien, preciosa. ¡Qué sentimien-

to, qué bien medido! Muy bien. ¡Usted sí que es un artista! Es un verdadero actor.

ARTURO ¡De veras, Milagros! ¿No me engaña?

MILAGROS ¡Por qué le voy a engañar! Tiene usted mucho arte.

ARTURO ¿Y por qué en mi casa me dicen que son tonterías?

MILAGROS Porque no tienen gusto; les pasa como a mi tío. *(Se ríen los dos.)*

ARTURO ¡Qué feliz me hace usted!

MILAGROS Porque pienso igual, ¿verdad?

ARTURO Naturalmente; pensamos lo mismo y por esto simpatizamos; más que simpatía es lo que yo siento por usted, mucho más; ¿me comprende usted, Milagros?

MILAGROS (*Turbada.)* No, Arturo, no...

ARTURO Pues me explicaré: desde que la conocí a usted, Milagritos, me produjo una impresión tan agradable como no es fácil explicar; el día en que tuve la dicha de escuchar aquella música celestial, que usted interpretó como los propios ángeles, me sentí tan emocionado, sentí en todo mi ser una sensación tal, que únicamente el amor puede ser; pensé en usted a todas horas y me dije: «ésa, ésa es mi ilusión, la mujer que me haría feliz»; pero... no me decidí a decírselo porque yo, el muchacho inquieto, sin posición, ¿qué podía ofrecerla a usted? Por esto no me determiné.

MILAGROS (Este es el que me dijo don Gervasio.)

ARTURO Hoy las circunstancias lo han traído así... Veo en usted simpatía, aplaude usted lo que a mí me gusta, y me decido a decirla lo mucho que yo la admiro, que yo la quiero. ¿Seré tan dichoso que usted me corresponda?

MILAGROS Gracias, Arturo. Sí, es verdad, le tengo simpatía; y como he de contes-

tar a lo que usted me dice, le digo: Arturo, pienso como usted. ¿Dice que no tiene posición? No importa, tiene usted mucho arte; esa manera de sentir, ¿la tienen todos? No; siga sus impulsos y piense que si no hubiera escritores no habría teatro, no habría actores; ¿para qué iban a escribir esas obras tan hermosas, que tanto aplauden, si no había intérpretes que las representaran? Sin la música, ese divino arte, no habría conciertos, no escucharíamos esas óperas magníficas que nos entusiasman; conque ya ve usted cuántas cosas bonitas perderíamos si no hubiera teatro y música.

ARTURO ¡Qué feliz me hace usted, Milagros!

MILAGROS Yo también me alegro, Arturo, con toda mi alma. No dude, dígale a su tío lo que piensa y no tema lo que le pueda decir; piense que cada uno nace con su inclinación, y que debe seguirla, siendo buena y honrada.

ARTURO Sí, tiene razón: hoy mismo hablaré á mi tío, no vacilo; y uniéndonos los dos, con nuestro arte podremos hacer frente a la vida. Adiós, Milagros; no temas, no varío. ¡Milagros adorada!

MILAGROS ¡Adiós, Arturo! *(Se dan las dos manos y están así unos segundos. Sale Arturo por el centro; en la puerta se vuelve y la dice adiós.) (Sola.)* ¡Gracias, Dios mío! Es bueno, me quiere y le quiero; sin duda alguna era él el que me decía don Gervasio. ¡Qué contenta estoy! Hay un ser que piensa como yo y me quiere. ¡Qué felicidad! ¡Ya empieza hoy para mí otra vida!

(Suena la campanilla.)

ESCENA VI

MILAGROS, SOFÍA y MARIO.

SOFÍA ¿Ha venido alguien?

MILAGROS Sí; don Gervasio, y después Arturo.

SOFÍA Es muy simpático ese chico. ¿Qué te dijo?

MILAGROS Nada; hablamos de poesía, de música y de varias cosas.

MARIO Está loca por él la chica de Tordesillas, la mayor, María Teresa.

SOFÍA Como ven que el tío es rico, por eso quieren al sobrino.

MARIO No; es decir, todo contribuye; pero, además, el chico vale: es inteligente y muy agradable, y es artista, declama divinamente; pero allí, en aquella casa, pasa desapercibido.

MILAGROS Porque serán unos ignorantes.

SOFÍA ¡Niña!

MILAGROS La verdad, tía, nada más que la verdad. ¿Y es novio de la de Tordesillas?

SOFÍA ¡Ca! Qué más quisiera ella. ¡Un chico tan simpático y agradable!

MILAGROS Y ella, fea y con pretensiones: es una muchacha que no me gusta nada; él, sí, es muy simpático.

MARIO Oye, Milagros, tengo que hablarte. Hay un hombre que te quiere, y como se trata de tu porvenir, he de decirte con seriedad: nosotros vivimos bien, como la sociedad exige; tengo un buen sueldo, pero no soy rico; por lo tanto, no esperes que a nuestra muerte puedas encontrar una fortuna, nada de eso; este caballero es rico, te adora y se casará en seguida, cuando tú digas; te ofrece su cariño y su dinero, que es bastante;

me ha encargado te lo diga yo, porque él no se atreve; y ahora sólo falta el nombre; éste es don Gervasio Ferrández.

MILAGROS ¡Jesús! *(Tapándose la cara con las manos.)*

SOFÍA ¡Qué atrocidad!

MARIO ¡Nada de atrocidad!

SOFÍA Hay mucha diferencia de edad.

MILAGROS No, tío, no; ¡si puede ser mi abuelo!

MARIO ¿Y si yo te dijese que sí, que debes casarte?

MILAGROS Tío, lo siento, pero no le obedecería; ahora recuerdo la entereza de carácter que me enseñó mi padre.

MARIO Pues mira, esa entereza la tiene una persona rica, que vive de sus rentas; no el que está, como tú, en casa ajena.

SOFÍA ¡Mario!

MARIO Es verdad; esta muchacha lo que tiene es orgullo; a ver, a ver qué carácter tendría si tuviera que buscarse la vida.

MILAGROS Basta, tío; me marcho de esta casa.

SOFÍA ¿Dónde vas, Milagros?

MILAGROS Donde yo quiera.

MARIO ¿Dónde vas a dirigir tus pasos?

MILAGROS No teman, que mis pasos no han de avergonzarles nunca. Señora Martina, señora Martina.

MARTINA *(Sale.)* ¿Qué pasa?

MILAGROS ¿Me podría usted recibir en su casa?

MARTINA ¿Se marcha usted, señorita? Yo, con mucho gusto; ahora, que no sé si a sus tíos les parecerá bien. ¿Pero se va de verdad?

SOFÍA Porque quiere.

MARIO Porque tiene mucho genio.

MILAGROS No; porque creéis que por tenerme aquí, sin cariño, tenéis derecho a mandar en mí, en mis sentimientos, y eso, no; soy pobre, pero con aquel piano que me compró mi padre con

tanta ilusión, puedo ganarme el pan.

MARTINA — Señorita, vaya usted cuando guste; la habitación es pequeña, pero mi voluntad es muy grande.

MILAGROS — Gracias, Martina. *(Se abrazan.)*

SOFÍA — En seguida, deje usted la labor y márchese; está despedida.

MARIO — Vaya una gente; son enemigos pagados.

MARTINA — Pues mire usted, don Mario, lo que yo hago es una buena acción, y la de ustedes deja mucho que desear.

MARIO — Tenga usted, no se la debe nada.

MARTINA — Adiós, señores. ¿Viene usted, señorita?

MILAGROS — Voy en seguida, Martina.

(Sale Milagros por la puerta de la derecha.)

SOFÍA — ¡Qué disgusto! Tú, en querer que se casara, no tienes razón. ¡Es muy viejo para ella don Gervasio!

MARIO — Mira, Sofía, déjame o reñiremos los dos. Esa chica tiene mucho orgullo; si continuara en casa llegaría a mandar en nosotros.

SOFÍA — Pudiera ser, no digo que no. ¡Quién iba a pensar una cosa como ésta! Y ahora, ¿qué diremos a nuestras relaciones?

MARIO — Cualquier cosa. A ti te preocupa mucho la gente.

SOFÍA — ¡Jesús, quién iba a creer esto; yo nunca, nunca lo hubiera creído!

MARIO — Pues ya lo ves. Ella se marcha, nadie la echa...; mira si tiene mal genio...; la educación que recibió...; no admite consejos de nadie. Y ahora, se acabó, Milagros: no me hables jamás de ella; como si se hubiera muerto, ya lo sabes.

SOFÍA — ¡Pero qué pensará hacer!

(Sale Milagros con el mismo vestido de su llegada. Se oye llamar.)

ESCENA VII

TERESA, MARIO y SOFÍA; luego, DON GERVASIO y ARTURO.

TERESA Don Gervasio y el señorito Arturo.

MARIO Que pasen.

SOFÍA ¡No, Mario! ¡Qué vergüenza!

MARIO ¿Pero por qué?

(Entran don Gervasio y Arturo, que al ver a Milagros con el saco de viaje en la mano, la miran asombrados.)

DON GERVASIO ¿Qué, se marcha Milagros?

MILAGROS *(Con tristeza, pero con firmeza.)* Don Gervasio, me he enterado, por mi tío, de sus deseos; yo le aprecio a usted mucho, admiro su bondad, me inspira respeto y simpatía, le aprecio; pero como usted deseaba, como marido, no; yo le doy las gracias por haberse acordado de mí; como usted desea no puede ser, don Gervasio; es imposible, de ningún modo.

ARTURO ¡Pero qué oigo! ¿Quería casarse con usted? ¡Qué disparate!

DON GERVASIO Así es, lo comprendo; el corazón nos engaña, es siempre joven; es natural. Y ya lo temía y casi lo esperaba. ¡Qué se va a hacer! ¡Dios la haga a usted feliz!

MILAGROS Me marcho de esta casa...

SOFÍA Porque quieres... Tienes orgullo.

MARIO Querrías mandar tú, después que la hemos presentado en todas partes...

SOFÍA ¡A todo el mundo!

MILAGROS Por eso, por el mundo, por la sociedad, me teníais aquí; en el tiempo que he estado, casi un año, ni una palabra de cariño ni una sonrisa: si tocaba el piano, molestaba; si cantaba, me mandaban callar; únicamente la costurera, Martina, comprendía mi dolor, y me consolaba; creíais que

con decirme: «te he comprado un vestido, un sombrero», me satisfacíais; os lo agradecía, no teníais por qué comprarlo; pero siempre seriedad, nunca una frase que llegase al corazón, de ternura; adiós, tío. (*Le da la mano y él no se la da.*) Adiós, tía. (*Se abrazan fríamente.*) Ya vendré a verles algún día. Adiós, don Gervasio. (*Le da la mano, que él estrecha fuertemente, y se limpia los ojos con el pañuelo.*)

DON GERVASIO Adiós, Milagros... Siempre que pueda serle útil, mande.

MILAGROS ¡Adiós, Arturo!

ARTURO (*Con pasión, cogiéndola las dos manos.*) ¡Adiós, no, Milagros adorada! Hasta luego; porque yo digo a todos estos señores cuánto te adoro, y que sin ti la vida me es indiferente.

DON GERVASIO ¿Pero sois novios?

MARIO ¡Qué sorpresa!

SOFÍA No sabía nada.

ARTURO Sí; nos amamos, pensamos lo mismo, y como nos une la simpatía y tenemos el tesoro de la juventud, la riqueza del amor y el don del arte, unimos todo esto, y con ello formamos una cadena que, con el lazo del matrimonio, unirá nuestras vidas, y cogidos de la mano, caminaremos por el mundo adelante teniendo por base nuestro cariño solamente.

MILAGROS ¡Arturo, mi Arturo!

ARTURO Milagros, ser todo sentimiento, espérame: mi santa madre te irá a ver; confía en mí.

(*Sofía, sentada, llora, tapándose la cara con el pañuelo. Mario, al otro lado, mira al suelo, apoyado en una butaca; de pie, en el centro, Arturo y Milagros, a quien dice todo lo anterior; al acabar, Milagros va hacia la*

puerta del centro; al llegar, se detiene y dice:)

MILAGROS ¡Adiós, todos! (*Saluda con la mano.*) ¡Adiós, Arturo! (*Con mucha ternura.*)

ARTURO ¡Hasta luego, Milagros!

(*Milagros sale. Arturo se abraza a don Gervasio. Ambos unidos, dice don Gervasio:*)

DON GERVASIO ¡Hermosas frases! ¡Tienes razón, hijo mío! ¡Arte, Juventud, Amor, valen más, mucho más que las riquezas!

FIN